



LAS CONSTELACIONES DE LOS JÓVENES

Síntomas, oportunidades, eclipses

Joaquín García Roca

A modo de intención

I. Sendas cortadas

II. Instantáneas de los jóvenes españoles

III. Las constelaciones socio-culturales

1. La constelación del presente
2. La constelación del cuerpo
3. La constelación de la complejidad
4. La constelación de la identidad abierta
5. La constelación politeísta

IV. Epílogo para educadores

Bibliografía

Cuestionario para el diálogo

A MODO DE INTENCIÓN

1. Visión general

La intención de este documento no es escribir una mera crónica de la juventud, sino más bien mostrar su itinerario socio-cultural. Dotarse de una visión general sobre los cambios acontecidos en el universo vital de la juventud es una tarea necesaria para cuantos se proponen orientar los procesos sociales.

La abundancia de datos y sondeos que hablan de los jóvenes no mejora necesariamente nuestro conocimiento acerca de ellos, sino que más bien nos introduce en una especie de torbellino. Vivimos en una sociedad rica en informaciones y pobre en interpretaciones. Mientras se enfatiza más y más la mirada televisiva, se descuida la reflexión: en definitiva, carecemos del silencio necesario para orientarnos en medio de ese torbellino. Por ello, la presentación de una visión general inteligible de la juventud puede aportar ciertas ventajas en aras de adquirir esa difícil orientación, sobre todo en el terreno de la labor educativa.

En primer lugar, una visión de ese tipo puede constituir una especie de "sismógrafo" que permita identificar los movimientos profundos de transformación en el ámbito de la juventud y diferenciarlos de las pequeñas vibraciones o de los atascos pasajeros. Cuando se confunde un terremoto con el paso de un tren, o una tormenta con un chubasco, todos los esfuerzos resultan desproporcionados. Es necesario saber discernir lo principal de lo secundario y advertir que no todas las batallas educativas tienen el mismo valor. De este modo, seremos capaces de diferenciar lo que es la fisonomía de nuestro tiempo de lo que son sus patologías.

En segundo lugar, una visión general de la juventud puede permitir una ruptura de fragmentaciones, así como una vinculación de ciertos fenómenos de la vida de los jóvenes a realidades económicas y sociales. Y, sobre todo, una visión de ese tipo posee una función profundamente liberadora: el hecho de prescindir de ella constituye un elemento esencial de las condiciones inhumanas. Así, Primo LEVY ha señalado que un componente básico de la violencia en los campos de concentración era la carencia de una visión general, el hecho de no estar en condiciones de valorar la magnitud de aquella aniquilación: después de un viaje agónico y tortuoso en vagones sellados, los deportados no sabían adónde llegaban, ni conocían la existencia de otros campos, aun cuando éstos estuviesen a pocos kilómetros de distancia.

2. Dinamismos sociales

Nos proponemos percibir los dinamismos sociales que operan en los mundos juveniles como nuevas oportunidades, asomar la cabeza para ver hacia dónde soplan las fuerzas sociales, sin dejar por ello de sumergirnos en la acción cotidiana. La intención básica de estas páginas consistirá, por tanto, en construir algunas referencias que ayuden a comprender los dinamismos socio-culturales que sostienen los modos de vida y las prácticas de los jóvenes actuales.

La percepción de los dinamismos sociales posee al menos dos ventajas. La primera consiste en el hecho de saber hacia dónde hay que remar. Es importante conocer la dirección y la velocidad del viento para poder medir los esfuerzos necesarios, e incluso conviene averiguar si para lograr algún propósito educativo podremos contar con el viento a nuestro favor o si más bien deberemos remar contra él. No todo merece el mismo esfuerzo ni todo justifica la misma preocupación: las ansiedades educativas no son en general un buen camino. La segunda ventaja no es otra que el hecho de poder captar señales a distancia. La violencia de la agenda y el ritmo

acelerado de lo cotidiano impiden percibir con nitidez los dinamismos que subyacen a los desvelos educativos.

3. Reciclar energías

Finalmente, queremos contribuir a reciclar las energías que se consumen diariamente en el encuentro con los jóvenes en función de un proyecto humanizador que resulte liberador para educadores y educandos. El acto ético por antonomasia, y a la vez el acto de cortesía para con el educando, consiste en recrear las energías que se consumen diariamente en la actividad educativa. Así como el náufrago necesita levantar la cabeza por encima de las olas para detectar la fuerza del viento, y en consecuencia orientar sus esfuerzos y reciclar su reducida energía, así también el educador precisa convertir las fuerzas históricas en oportunidades educativas.

I. SENDAS CORTADAS

El barómetro juvenil marca siempre "variable". Por tanto, el mundo de los jóvenes no puede ser expresado con imágenes estáticas ni medido con instrumentos fijos. Cualquier aproximación a la juventud como realidad estática está abocada al fracaso; no hay una condición juvenil única, ni una realidad común para todos los jóvenes. La realidad de los jóvenes no es homogénea ni uniforme, sino diversa y plural. En vez de hablar de "juventud", deberíamos hablar de "jóvenes", pues quien busca la juventud, acaba encontrando sólo jóvenes. Todo lo que nos parece representativo de la juventud será siempre negado por un grupo juvenil u otro. No existe "el joven como es debido", ni a nivel sociológico ni a nivel cultural.

1. La imposible frontera

La comprensión de los jóvenes se hace más difícil cuando se quiere acotar el campo, porque la línea fronteriza que marca el lugar en el que se pasa del joven al adulto se sitúa en una zona de penumbra. Como categoría de edad, es habitual entre los organismos internacionales extender el campo juvenil desde los 15 años hasta los 24. Sin embargo, en la autoimpresión que la sociedad tiene de sí misma, la convicción de que el paso del joven al adulto se produce antes de los 29 años es algo más frecuente entre los jóvenes (de 18 a 29 años) que entre los mayores, quienes tienden a establecer ese paso después de los 29 años.

Si la juventud es una condición, no bastan encuestas, sondeos o estadísticas. Se requiere penetrar en los entresijos de la persona por la vía de la observación y de la introspección. Nada le sucede a la juventud que le sea extraño al adulto. De ahí que la juventud no pueda ser considerada como una realidad objetiva a la que alguien pueda enfrentarse externamente como espectador. Sólo se entiende verdaderamente la juventud que uno mismo ha sabido detectar en su propio interior; dejamos de ser niños y jóvenes, pero el niño o el joven que hay en nosotros emitirá siempre señales de pervivencia.

2. Ni la adulación ni el desprecio

Ni la adulación ni el desprecio son caminos adecuados para adentrarse en los mundos juveniles. La adulación sólo lleva a la idolatría del joven; y el desprecio, a la frustración de los educadores. Ambos son pésimos servicios a la juventud.

* La adulación nunca ha sido un buen camino de comprensión, ni puede ser considerada como parte de la acción educativa. El primer servicio educativo consiste en acabar con la seducción por lo joven que caracteriza a los productos culturales de nuestro tiempo. La sociedad ha convertido a la juventud en imagen de marca, en un producto patentado, en una instancia inapelable. Ese sello se encuentra en todo tipo de productos culturales: la moda, el consumo, la sensibilidad..., hasta convertirse en un objeto de deseo.

Dietrich BONHOEFFER, en la enumeración de culpas que deberían proclamar las iglesias, formulaba la siguiente: "haber llevado a cabo la tentativa demasiado terrena de ir con la juventud, y de ese modo [... llegar a una] autodivinización de la juventud". Por ello los cristianos han sido incapaces de enfrentarse con el "desprecio en que se tiene a los ancianos y con la divinización de la juventud por miedo a perder la juventud y con ella el futuro, ¡como si la

juventud fuera su futuro!" (Ética, p. 79)

* Tampoco el desprecio es un camino educativo. Ni el catastrofismo ni la amenaza apocalíptica son itinerarios de transformación. Hay un discurso alarmista que estigmatiza la quiebra de los valores entre los jóvenes a quienes se atribuye el aumento de la delincuencia, la adicción a la droga, la violencia callejera... Están en sendas cortadas aquellos educadores que, obsesionados por la degeneración moral y por los peligros que la sociedad actual encierra para los jóvenes, se desviven en requisitorias hacia ellos.

* Pero tampoco se puede entender a los jóvenes desde aquella visión redentora que los considera un grupo a ser salvado, como si sobre ellos pesara una mayor oscuridad que sobre el resto de la sociedad: en realidad, los jóvenes no son más frágiles que otros hombres, ni necesitan mayores apoyos. Más bien da la impresión de todo lo contrario, ya que mientras los adultos parecen exiliados en la actual sociedad, los jóvenes se sienten en su propia casa. Es significativo observar que en las últimas encuestas los jóvenes afirman sentirse más felices que sus padres, y sólo un 4% dice sentirse menos feliz que ellos (CIRES, p. 785). No han vivido el franquismo, apenas la transición, y consideran la democracia como algo dado y natural. La cuestión no es, por tanto, "qué hacer por los jóvenes", sino "qué hacer conjuntamente con ellos ante los problemas que tenemos planteados". No deberíamos estar preocupados por los jóvenes, sino con los jóvenes por los problemas que afectan a todos los hombres.

II. INSTANTÁNEAS DE LOS JÓVENES ESPAÑOLES

Los ensayos de elaboración de una tipología de la juventud han acompañado siempre a la reflexión sociológica. Aunque fuera con la sensación de "pintar a brocha gorda" (que difumina -si no oculta- lo que hay en cada uno de los colectivos delimitados), nunca se ha renunciado del todo a construir al modo ideal-típico aquellos rasgos más sobresalientes que permiten singularizar a los jóvenes (ELZO, p. 219). El mérito indiscutible de tales ensayos se reducía a la constatación de lo difícil que resulta intentar comprender a la juventud como una realidad homogénea. En cambio, en el "debe" de tales ensayos se encontraba la falsa convicción de que a los jóvenes se puede llegar a través de caminos previamente señalizados, o con esquemas preestablecidos. En cuanto realidad fugaz en continua transición, el mundo de los jóvenes debe ser recorrido con escasas tipologías, las mínimas para tener algún apoyo en el interior del mosaico que componen los mundos juveniles.

Coexisten actualmente distintos esfuerzos por ordenar las complejas realidades juveniles atendiendo a distintos factores. Ciertos rasgos permiten singularizar a los jóvenes en razón de la década o de otras consideraciones cronológicas. Las más recientes y acreditadas investigaciones sobre los jóvenes españoles de la Fundación Santa María percibieron una cierta coherencia sociológica entre ocho grupos juveniles actuales, según el criterio de los estilos de vida y los valores que los sustentan. (GONZÁLEZ BLASCO, ANDRÉS ORIZO, MARTÍNEZ CORTÉS).

Tipos según los estilos de vida

Los jóvenes logromotivados (17%), partidarios del éxito como camino de la máxima integración, inclinados más a estudiar y a trabajar que a disfrutar de la vida, buscan conseguir objetivos concretos y tangibles; valoran que haya normas y leyes en el juego social, y que sean respetadas; son capaces de sacrificios para labrar un porvenir estable; son reformistas dentro de un cierto progreso social, nada utópicos; desean afirmarse individualmente, pero dentro del sistema. Están localizados mayormente entre la población urbana, de clase media, ingresos altos y alto nivel educativo.

Los jóvenes conformados (12%), partidarios de las normas y la autoridad, adaptados al medio social, dóciles y disciplinados, respetuosos con la tradición, buscan la comodidad de lo ya conocido; poco imaginativos, encuentran en el trabajo el camino de su integración social, acatan el orden y gustan de la estabilidad social. Están localizados en ciudades pequeñas, clase media, estudios universitarios, posición política de derechas, predominancia femenina y con cierta práctica católica.

Los jóvenes segregacionistas (14%), partidarios de las élites sociales, valoran lo jerárquico y estiman el dinero como medida de cosas, personas y camino de éxito; desean poseer cosas. No son partidarios de la igualdad de derechos; estarían por la violencia para mantener su orden, desarrollan un pragmatismo egoísta; antiliberales en todos los sentidos posibles, desarrollan reacciones defensivas que les llevan a ser "ultras". Están localizados en la clase media urbana, preferentemente baja, de extrema derecha en política, también hijos de padres obreros con frustraciones profesionales y bajos ingresos familiares, hijos de campesinos en contextos rurales poco desarrollados, pero en contacto con la sociedad de consumo. Predominantemente población masculina.

Los jóvenes pasivos (12%), partidarios de la acomodación y del no compromiso, reacios a la lucha y a crear vinculaciones, no poseen motivaciones de logro, ni están dispuestos a aplazar

gratificaciones. Se acomodan fácilmente a la situación, poco dados al mundo de las ideas y nada utópicos; no destacan por sus sentimientos cooperativos ni por sus prácticas solidarias, escasamente sensibles. Su personalidad les lleva a buscar lo superficial y lo más inmediato. Se localizan en la clase baja urbana, bajos ingresos familiares, recursos no abundantes, nivel educativo bajo.

Los jóvenes cooperadores (10%), partidarios de la igualdad de oportunidades, idealistas, dan más importancia al ser que al tener, deseosos de desarrollar su personalidad. Preocupados por su futuro, confían en el trabajo, con sentido del interés general y de la solidaridad, dispuestos a la cooperación, disciplinados y aptos para trabajar en equipo. Se localizan en la clase media y media-alta, habitan en núcleos urbanos, preferentemente grandes, nivel educativo alto, buen porcentaje femenino.

Los jóvenes simbolistas (10%), partidarios de los negocios, les atraen los empresarios, les interesa ser alguien incluso más que tener cosas. Partidarios de la libertad individual, contra la disciplina y el orden, no aceptan normas jerárquicas y desconfían de las instituciones, desean arriesgarse y no eluden aventurarse. Poseen un marcado sentido estético de la vida; más o menos ácratas y libertarios, desconfían de la tecnología y de la utopía científica, partidarios de una mayor libertad sexual, se preocupan por el desarrollo de su personalidad. Están localizados en la clase media y en la población urbana, nivel cultural alto, tanto mujeres como varones, con tendencia a la izquierda.

Los jóvenes utilitaristas (12%), partidarios del individualismo y del pragmatismo funcional, les importa lo útil y se relacionan con las personas y las cosas por las funciones que pueden hacer. Enfatizan el provecho personal, con una buena dosis de hedonismo; funcionalistas y antiestetizantes, sin sentido del riesgo y de la aventura, motivados para obtener cosas, creen en el mundo tecnológico. Se localizan en la clase media y baja de carácter urbano, hijos de padres obreros, nivel educativo no elevado, situación económica ascendente.

Los jóvenes libredisfrutadores (11%), partidarios de buscar y de obtener placer aquí y ahora, con un "yo" fuerte y egoísta. Les importa lo cotidiano, se instalan en lo efímero, chocan con las normas y las jerarquías sociales y con todo lo que limite sus objetivos de pasarlo lo mejor posible. Inconformistas pero sin idealismos, partidarios de la libertad sexual. Se localizan entre las clases trabajadoras, y entre los habitantes de pequeños núcleos urbanos, hijos de padres obreros, indiferentes religiosamente, posiciones de izquierda.

III. LAS CONSTELACIONES SOCIO-CULTURALES

Si el universo físico es un conjunto de constelaciones en perpetuo movimiento de expansión, la realidad social puede representarse como una configuración de instituciones, prácticas, ritos, creencias e ideas que se despliegan en forma de constelaciones. La comprensión de la juventud en base a constelaciones es un instrumento adecuado para adentrarse en el mundo valorativo, precisamente por razón de su gran carga metafórica. La imagen de la constelación sirve para dar cuerpo a una realidad fugitiva y evanescente que está permanentemente en situación de emergencia.

Astros fijos y estrellas fugaces

La constelación evoca igualmente la existencia de unos astros fijos y de unas estrellas fugaces; en torno a los astros se despliegan cascadas de síntomas que a su vez se disipan rápidamente. En el mundo de la juventud hay también valores centrales y estallidos momentáneos (un centro y una periferia, una realidad sobredimensionada y unos elementos especulares). Aunque estos últimos son los que finalmente más nos afectan, son aquéllos los que determinan sustantivamente sus formas de amar, de esperar y de desear. Importa, en consecuencia, identificar los valores centrales que inventan en su entorno nuevas configuraciones, que cristalizan en las tendencias socio-culturales que mueven a multitud de jóvenes. Y en ello encontraremos erupciones que acaban afectando a los mayores.

La constelaciones permiten entender el mundo de la juventud como una realidad articulada por fuerzas de atracción

En un momento histórico concreto no existen sólo posibilidades, sino auténticas tramas que POPPER ha identificado como propensiones para significar el carácter físico de la posibilidad. Cada tiempo tiene sus propias rutas por donde transitan las existencias individuales y las opciones colectivas. Hemos de intentar comprender por qué la presencia continua de un grupo de jóvenes en un paisaje urbano lo convierte en "una ruta del bacalao", que es algo más que una posibilidad de viajar o que una excursión, para convertirse en una especie de santuario que será frecuentado casi mecánicamente por los jóvenes. Hay tropismos que empujan a la gente a obrar de una cierta manera. Cada tiempo sitúa en el interior de la cultura una especie de líneas magnéticas. De este modo es posible identificar los dinamismos sociales que van "de suyo" y aquellos que habrá que empujar si queremos que nazcan.

El análisis a través de constelaciones subraya las conexiones entre el mundo de la juventud y la sociedad en su conjunto. Entre las distintas variables hay pasadizos que conducen de una realidad a otra, como una especie de vasos comunicantes. Las culturas de los jóvenes están vinculadas a la realidad socio-económica y política a través de puentes que no son elevadizos.

Las crisis sociales y los simples atascos

El análisis por constelaciones permite diferenciar lo que son crisis sociales de los atascos pasajeros. Resulta finalmente liberador poder averiguar si el llamado resurgimiento religioso en la juventud responde a un estadio de madurez de la conciencia religiosa o es un simple estallido cultural; su significación dependerá de su enmarque en el interior de una u otra constelación. Un diagnóstico sólo se sostiene en el interior de una constelación.

Horizonte y propensiones

En el análisis por constelaciones, resulta esencial el concepto de "horizonte". En cada momento hay un horizonte implícito que resulta tan esencial como la información sociológica disponible. Walter BENJAMIN solía hablar de la "flecha del tiempo" para significar que el tiempo tiene también unos vectores. El horizonte es la confluencia de unas experiencias y de unas propensiones. Importan entonces la experiencia de una generación, pero no una experiencia cualquiera, sino aquella que configura la manera de sentir o de estar en la vida. Asimismo, las expectativas son parte esencial de las constelaciones, pues delimitan los deseos y las imaginaciones; pero no sirve cualquier fabulación, sino aquella expectativa que imagina lo que ya es posible esperar.

1. LA CONSTELACIÓN DEL PRESENTE

La experiencia del tiempo constituye un elemento esencial para comprender los mundos vitales de los jóvenes. Conforme varía esta vivencia, se modula la condición humana. La centralidad del presente marca todos sus productos y expresiones culturales.

1.1. Síntomas

Después de haber vivido varias décadas adheridos al futuro, asistimos a la experiencia insólita de una pérdida del futuro y, en consecuencia, a un cambio radical en las expectativas temporales de los jóvenes. En su lugar nacen otros astros y otras estrellas. El instante y el ahora se convierten en el tiempo por antonomasia, en la nueva estrella que se anuncia de muchas maneras en el horizonte cultural de los jóvenes.

a) Entre los jóvenes, el futuro ha dejado de ser un objeto de deseo o un lugar de promesa para convertirse en una especie de amenaza que suscita incertidumbre, preocupación y miedo. Según la Encuesta Europea de Valores, el 37% de los jóvenes europeos considera que el futuro empeorará las cosas, el 36% cree que seguirá igual, y sólo el 10% cree que mejorará. El futuro, en consecuencia, ha dejado de vincularse a la esperanza de un tiempo mejor, y el presente pierde su condición de tránsito hacia algo que será espléndido. En Francia, el INSEE indica que sólo un 7% de los jóvenes entre 15-25 años espera encontrar un empleo adecuado; el 93% restante tiene miedo. La incertidumbre de no saber qué será de ellos mañana se ha convertido en santo y seña de una generación.

La centralidad del futuro estuvo sostenida por la certeza de una meta que quizá "nadie llegará a ver, pero que era necesario que llegara a ser". No sólo había meta, sino que era posible representarla como un proceso ascendente y casi mecánico; bastaría emplearse a fondo (especialmente por el camino de la política) para alumbrarla. El futuro sería más espléndido que el presente y ciertamente traería bienes para todos nosotros. En este horizonte temporal, se explica que se creyera en la política y en la acción colectiva. En la actualidad, por el contrario, la política es objeto de desprecio y la acción colectiva se evita como si de una peste se tratara. Según los datos del CIRES, referidos a junio de 1993, se observa que dos tercios de los jóvenes nunca han participado en un acto de protesta política o laboral, lo que denota un bajo nivel de

movilización social (p. 775). La centralidad del presente ha sacudido todos los códigos, y en lugar de la certeza se ha impuesto la perplejidad: no logramos saber cómo seremos dentro de cinco años.

b) Con el debilitamiento del futuro, asistimos a la vigencia del pragmatismo, así como al abandono del idealismo que había caracterizado culturalmente al mundo de los jóvenes. Hay una sensación masiva de que "no todo es posible", y de que en consecuencia "hay lo que hay". Incluso se puede optar por el menos malo de los sistemas o de los gobernantes. La índole de la protesta juvenil ha sufrido un cambio profundo de orientación: en lugar de desear lo imposible, ahora los jóvenes prefieren gestionar lo real. Ya no se pide el cambio de sociedad, sino la calidad de los beneficios del propio sistema. Mientras en el 68, según el vocabulario en vigor, los jóvenes tenían miedo de ser "ahogados por el sistema", ahora tienen miedo de ser excluidos de él. Consecuentemente, ellos han alterado la orientación misma del horizonte y de las expectativas.

Las preocupaciones de los jóvenes han cambiado de dirección, de modo que redundan en las condiciones de su presente. De ahí que su primera preocupación sea el acceso al trabajo y que los conceptos en que los jóvenes gastan su dinero sean principalmente diversiones (28%) y ropa (13%), mientras que sólo el 1% dice ahorrar.

c) La devaluación del futuro ha comportado igualmente el agotamiento de ciertos símbolos que poseían fuerza movilizadora. Los yacimientos simbólicos que motivaban a los jóvenes de ayer han perdido magnetismo hoy; de este modo se ha producido una especie de enfriamiento de la utopía. Lo importante ya no es la inviabilidad del sueño comunista o del sueño americano: lo decisivo es que resulta imposible soñar. Se ha constatado, incluso en el cine, que se ha invertido el sentido de la utopía a favor de una utopía triste. Se anuncia un hombre víctima de su propio poder, aplastado por los artefactos que él mismo ha construido.

d) Las significaciones de la constelación socio-cultural del presente se condensan simbólicamente en la noche, que se ha convertido en algo más que una realidad para convertirse en un potencial movilizador en los distintos sectores juveniles. La noche, para los jóvenes, es la propia escenificación del presente, en la que se suspende el tiempo: en ella se experimenta una especie de salida del calendario y del reloj. El joven no mira la hora ni atiende a disciplina alguna; le seduce que no haya un principio convencional ni un fin reglado. Volverá a casa cuando le lleve la propia fuerza de la noche, pero no será partidario de asumir compromisos horarios con nadie, y menos con su familia.

Como exaltación del presente, la noche tiene un elemento de transgresión, ya que no sólo suspende el tiempo, sino que también suspende el control social: no resulta indiferente que la noche empiece precisamente cuando los adultos se acuestan, y que los jóvenes regresen a casa cuando sus padres están a punto de levantarse.

Como símbolo de la constelación, la noche vivida por los jóvenes actuales tiene algunos elementos mágicos de carácter compulsivo ya que tienen que gozarlo todo simultáneamente: peregrinan de un lugar a otro sin apenas permanecer en ningún sitio, como si el tiempo fuera corto para experimentarlo todo y a la vez.

1.2. Oportunidades históricas

La dignificación del presente ha creado las condiciones necesarias para que el educador pueda recuperar el valor del realismo, para recrear el valor de la vida cotidiana y para producir

inmunizaciones contra los mesianismos históricos.

Las diferencias sociológicas entre la revuelta de Mayo del 68 y los acontecimientos protagonizados por los jóvenes en Marzo del 94 marcan el tenor de las oportunidades históricas que se abren en el interior de las transformaciones que sufre la experiencia del tiempo. Los analistas sociales han observado que mientras Mayo del 68 fue la revuelta de la esperanza, en la que toda una generación dijo "no" a un tipo de sociedad y, de este modo, anunció la agenda de preocupaciones que guiaría el programa de los veinte años siguientes, Marzo del 94 fue, por el contrario, la revuelta de la desesperación. En 1968 surgió una generación moral, motivada por lo que todavía no existía, mientras que en un futuro próximo puede aparecer una generación social que exija solidaridad, igualdad de oportunidades y rechazo de la exclusión (Le Nouvel Observateur, marzo 1994). Ciertamente que para el nacimiento de una generación social será necesario unos fórceps educativos que sean capaces de recrear aquello que más estiman los jóvenes: la solidaridad.

El debilitamiento del mesianismo histórico no merece ser lamentado por el educador. El mesianismo introduce un elemento pasional a la esperanza, que no siempre es humanizador. Lo único que se constata es el final de una forma de fabular el futuro que sobrevaloraba el poder del cambio social y hacía de la escisión entre el ser y el deber su propia sustancia. Al constatar que la revolución es una divinidad que resulta ajena a las expectativas de los jóvenes actuales, el educador ha de concluir que la generación actual circula por caminos distintos a los de generaciones anteriores. Cuando se evaporan los grandes proyectos metahistóricos, no surge la nada, sino el fortalecimiento de los caminos modestos. El futuro que se muestra reacio a convertirse en presente interesa poco a los jóvenes. La utopía necesaria no es una fuga de la realidad hecha de quimeras y espejismos, sino un medio para enfrentarse a ella.

El realismo que debe recrearse no hará de la política la única pasión, ni del radicalismo la suprema virtud, sino que ayudará a recuperar los materiales de lo cotidiano: las acciones insignificantes, las ocasiones sociales, lo imperceptible, lo trivial, lo latente. Asistimos de este modo a la dignificación de la tarea educativa como camino de transformación después de haber pasado un tiempo focalizados en la dimensión política. Considerar como importantes los aspectos más rutinarios de la vida, que son también los menos relevantes, es la oportunidad educativa por excelencia.

1.3. Eclipses

La potencia del presente ha debilitado las otras dos dimensiones del tiempo: el pasado y el futuro, y consecuentemente se produce una especie de desresponsabilización del presente. Veamos la lógica del proceso.

Los jóvenes viven una auténtica revolución en los modos de ejercer la memoria y en sus modos de relacionarse con el pasado. Parece que los jóvenes se hayan quedado sin lugares de memoria. ¿Qué sucede en la educación cuando se pierde o se oscurece la memoria? Es sabido que de la memoria colectiva proceden los gritos y los murmullos que estimulan la libertad y la crítica, y que desde ella surgen nuevos combates y se establecen los lugares de resistencia. Su desconfianza en la acción colectiva y en el asociacionismo es revelador de un eclipse fundamental.

Ante este eclipse es necesario que el educador despierte la memoria, y que esa liberación no se detenga en Franco ni evite a José Antonio; una fuerte tentación de los jóvenes frente a la incertidumbre del mañana consiste en agarrarse a figuras o a movimientos pasados. Se alimentan entonces de la nostalgia, y postulan desde ellos nuevas certezas. El atractivo que en ciertos

medios tienen los movimientos fascistas arranca de esta neutralización de la memoria y se legitiman en las trampas de la memoria. Es tarea primordial de la acción educativa corregir las mentiras históricas, romper los silencios oficiales que han fabricado una memoria falsa. En la agenda del educador debe figurar un combate por la memoria.

Frente a la memoria manipulada, el educador debe buscar y conservar aquello que permite construir desde la perspectiva de la verdad; frente a la memoria borrada, debe disipar las falsas leyendas, negras o doradas, enfrentarse a los tabúes, reconocer la pluralidad de las memorias legítimas. Ante los síntomas de racismo y de fascismo que tanto duelen a los educadores, sólo cabe la búsqueda de la verdad y la exigencia de autenticidad.

El debilitamiento del futuro ha fragilizado el valor de la disciplina: si no sabemos adónde vamos, ¿de qué sirve ir juntos? El eclipse de la disciplina ha ido acompañado de unas sombras que preocupan a diario a los educadores: la imposibilidad de los compromisos, la veleidad de las decisiones, el imperio de los caprichos, el debilitamiento de la personalidad, y sobre todo la fractura de los compromisos a largo plazo, con los consiguientes procesos de trabajo. Hoy se le impone al educador la necesidad de remar a favor del valor de la disciplina, ciertamente no de aquella disciplina que viene de fuera, sino de aquella que se impone como condición de posibilidad del valor mismo. Como recordaba SABATER en su *Ética para Amador*, Esaú perdió la primogenitura porque le apetecían las lentejas. Entre heredar en el futuro y saborear las lentejas del presente, prefirió esta segunda posibilidad: el "aroma de las lentejas" rompe las vinculaciones y debilita los compromisos.

Sin los amarres del pasado y del futuro, el presente también pierde. Como ha subrayado el pensamiento post-moderno, una vez renunciado al ideal de "subir, producir y ahorrar" queda el sueño del consumo, el goce de la buena mesa, las vacaciones de lujo, el culturismo. De este modo, también se eclipsa el presente a través de la constelación del cuerpo, que vamos a exponer enseguida.

2. LA CONSTELACIÓN DEL CUERPO

La centralidad del cuerpo en los mundos juveniles es un hecho determinante que marca todos sus productos y adquiere un peso decisivo en la nueva sensibilidad, en sus prácticas y en sus ideologías.

2.1. Síntomas

El cuerpo se ha convertido en objeto de construcción, de comunicación, de trabajo, de protección y de vigilancia. La lista de cambios en la sensibilidad hacia lo corporal sería muy larga. Basta aludir a los más significativos para mostrar el nuevo poder de la revalorización de la corporalidad.

a) En primer lugar, el cuerpo se ha convertido en objeto de atención y de superación. Lo poseemos como una especie de capital físico que debe explotarse y transformarse, pero sobre todo apropiarse. La optimización de las fuerzas corporales es un referente esencial en la cultura joven, en la que se está desarrollando una serie de actividades orientadas a descubrir el propio potencial, a la auto-construcción a la carta sin otro objetivo que ser más él mismo y valorar su

cuerpo. Sin duda, confirman esta dimensión el éxito de la gimnasia, del cuidado corporal, de ciertos deportes "autistas" (esto es, aquellos ejercicios físicos que invitan a la cerrazón sobre sí mismo y al olvido del mundo exterior).

b) En segundo lugar, la expresión corporal se ha convertido en un medio esencial de comunicación humana. Prácticamente todo en la juventud es una aventura corporal.

c) En tercer lugar, el cuerpo es objeto de construcción y de trabajo. Desde esta perspectiva, la actividad deportiva se ha metamorfoseado en la juventud. Después de haberse planteado como un agente de regeneración moral que los adultos aplicaban para conseguir ciertos valores morales (el esfuerzo, el desinterés, el equipo, la lealtad...), la juventud se lo ha apropiado como un capítulo más de la centralidad del cuerpo, más unido a la forma física que a la moral. El cuerpo es un espacio de trabajo como lugar de experimentación de sensaciones, de emociones corporales. El éxito del footing o de la bicicleta-todo-terreno muestra que los jóvenes buscan más la sensación física que el trofeo, más el placer que el entrenamiento duro, más la diversión que la moralidad.

d) En cuarto lugar, las prácticas sociales dominantes sobresalen por la variedad, profundidad y sutileza de la protección del cuerpo. El auge del higienismo entre la juventud que cristaliza en cruzadas anti-tabaco, anti-doping, obsesiones por la salud, son exponentes de la nueva sensibilidad hacia el cuerpo. Ha crecido el sentido de una salud más integral y más atenta a las diferentes dimensiones de la persona: se estima como nunca la salud física, psicológica y mental. Esta pasión por el cuerpo se traduce en un cuidado de la forma física y de la línea corporal, en la centralidad del ejercicio y en la importancia creciente de los regímenes dietéticos.

Igualmente, el cuerpo se ha convertido en objeto de reparación como corresponde a cualquier objeto apreciado. La condición de objeto-capital impone la ley de la optimización a través de la forma física y de la salud. De ahí que el cuerpo haya llegado a ser un objeto privilegiado de vigilancia: tests, controles sanitarios, seguimiento científico.

e) Finalmente, las significaciones de la constelación socio-cultural del cuerpo se condensan y simbolizan en la música, tal y como es vivida y ejecutada por los jóvenes actuales. La música se sitúa en el intersticio entre el cuerpo y el alma, allí donde las antinomias se ven superadas. La música es concebida como un espectáculo total. El joven canta y escucha la música como una aventura corporal que afecta tanto al espíritu como a los sentidos.

La música es un ejercicio de comunicación; cuando hay música, las palabras resultan inútiles: la expresión musical es a la vez vehículo y contenido. Su alto volumen no niega la comunicación, sino que declara a la música misma como mensaje, como comunicación con amplificador. Incluso el mundo de la música tiene ya un carácter de identificación: los grupos juveniles definen sus sensibilidades a través de mecanismos de identificación con los distintos géneros musicales, que marcan su pertenencia a una tribu determinada. La música es una representación integral, inseparable del gesto y del movimiento, que va asociada a una serie de rituales corporales con vestidos y peluquería adecuados.

2.2. Oportunidades históricas

El reconocimiento y dignificación del cuerpo han sido las condiciones básicas para lograr

tres grandes conquistas culturales: la cultura de los derechos humanos, la cultura de la salud y la cultura de la recreación del amor.

Hay una conexión íntima y causal entre la dignificación del cuerpo y la afirmación de los derechos humanos. Por el cuerpo, la persona humana adquiere sus perfiles de individualidad y se experimenta como valioso e irrepetible, es decir como persona. Con el cuerpo amanece la posibilidad social de la persona como realización histórica; la exacerbación del cuerpo ha abierto la puerta a la afirmación sobre el valor de la persona, afirmación que está en el centro de las convicciones de la juventud.

Desde el punto de vista educativo, hemos encontrado el lugar social para recuperar el espíritu. Si el alma ha de reaparecer culturalmente, lo hará sólo dentro del cuerpo. Así situados, podemos hacer que el cuerpo, sin dejar de ser cuerpo, se vuelva alma. Es una buena oportunidad el hecho de que el cuerpo posea hoy en la cultura de los jóvenes atributos que antes fueron del alma. De este modo, los derechos humanos ganan terreno en el ámbito de la juventud. Los jóvenes reaccionan vigorosamente contra la pena de muerte, la tortura, los malos tratos o cualquier atentado que degrade la dignidad del cuerpo. Un alto índice de jóvenes se opone a la mercantilización de órganos humanos. Se ha producido una profundización cultural en los derechos de la persona, tales como el derecho a disponer de la propia identidad sexual, el de proteger a los individuos contra las diferentes formas de esclavitud y explotación.

La centralidad del cuerpo es una oportunidad histórica para recuperar una experiencia más integral de la salud. Al atenuarse las fronteras entre el alma y el cuerpo, la relación de los jóvenes con su propio cuerpo se percibe como un componente esencial de la calidad de vida y de la salud. Este descubrimiento ha hecho crecer en la cultura de los jóvenes la calidad de vida que se ha convertido en la nueva meta del individuo en sociedad, en un principio dinamizador que posibilita una voluntad humanizadora de desarrollo de una vida digna para todo ser humano.

Existe igualmente una vinculación íntima entre el reconocimiento del cuerpo y la nueva cultura del amor. El hecho de que el cuerpo haya dejado de constituir la mitad inferior, meramente animal, del ser humano ha asentado las bases para reinventar el amor. Éste es a la vez una atracción involuntaria y al mismo tiempo una elección: el destino y la libertad se cruzan en el amor. Es un extraño magnetismo que transforma el objeto erótico en un sujeto libre y único. Se advierte el triunfo de una nueva y más libre relación con el propio cuerpo que llevará finalmente a una intensa recuperación del erotismo, el cual experimenta igualmente una transformación en dirección a la corporalidad: esa atracción pasional que sentimos hacia una persona entre muchas. Como ha visto Octavio PAZ: "sin erotismo -sin forma visible que entra por los sentidos- no hay amor, pero el amor traspasa al cuerpo deseado y busca al alma en el cuerpo y, en el alma, al cuerpo, a la persona entera" (p. 33). Quizás el educador deba advertir que difícilmente puede ser pecado lo que es santo para los jóvenes.

2.3. Eclipse

El descubrimiento del cuerpo ha sido tan intenso que ha producido sus propias sombras. Un reconocimiento cultural tan profundo ha desplegado sus propios eclipses. Las sombras y los eclipses se han producido por la conjunción de varios factores, especialmente por la exacerbación cultural de un descubrimiento que ha abierto las puertas a la comercialización del propio cuerpo.

La lógica del mercado se ha extendido sistemáticamente al cuerpo como un "bien" que posee una alta cotización social. Esto ha engendrado nuevas formas de esclavitud que amenazan gravemente las conquistas del descubrimiento de la corporeidad, como puede percibirse en algunos frentes concretos. Las primeras ilustraciones de esta nueva esclavitud pueden observarse

en el tratamiento que se da al propio cuerpo joven y seductor que no ha podido vencer fácilmente las plagas del mercantilismo y de la publicidad. Particularmente sensible es el cuerpo femenino: la mujer, después de haberse ganado con sudor y lágrimas su independencia, ha sido más libre para cortarse el pelo y enseñar el cuerpo que para ganarle la partida a la vulgar instrumentalización económica de su cuerpo. La desmercantilización del cuerpo (sobre todo del cuerpo femenino) sigue siendo una batalla indefinidamente aplazada. Mientras no se gane, ni la igualdad de derechos ni el reconocimiento jurídico y social estarán logrados; mientras el cuerpo de hombres y mujeres sea objeto de comercialización, mantendremos una peligrosa vía de agua abierta en el barco de nuestra civilización. Lo que era una espléndida victoria cultural (el fin del desprecio del cuerpo, la superación de tabúes ancestrales) se ha acabado transformando en un simple instrumento de la publicidad y en una rama más del comercio.

Las dimensiones actuales de la prostitución, que afecta ya incluso al cuerpo del niño, no hacen más que indicar la fuerza actual del eclipse cultural que produce la centralidad del cuerpo. También aquí la extensión de la lógica mercantil invade torpemente el bien máspreciado.

Además, la exaltación del cuerpo se desliza hacia una permisividad generalizada que ha originado el laxismo de las sociedades liberales de Occidente. Como ha observado Octavio PAZ, cuando el cuerpo transgrede sus límites y lo invade todo, mina los elementos espirituales de la experiencia corporal. Sin alma, el amor regresa al mero erotismo. "El gran ausente de la revuelta erótica de este fin de siglo ha sido el amor" y una vez debilitado a causa de su agrandamiento, "hemos dejado que la libertad erótica haya sido confiscada por los poderes del dinero y la publicidad" (p. 153 y 157). Una vez desacralizado el cuerpo, la publicidad hizo el resto y sacó las consecuencias: el capitalismo ha convertido a Eros en un empleado de Mammon (p.149). Se ha producido de este modo la degradación del cuerpo. La pornografía no es más que una pequeña expresión (y la libertad sexual, la máscara) de la esclavitud de los cuerpos. Un fenómeno así puede reseca las sensibilidades de los jóvenes y corromper su imaginación. Su última expresión se encuentra en el consejo que un intelectual español daba desde las páginas del periódico El Mundo: "lo que te pide el cuerpo es verdad, no lo traiciones nunca" (UMBRAL).

3. LA CONSTELACIÓN DE LA COMPLEJIDAD

3.1 Síntomas

La cultura actual de los jóvenes ha creado igualmente una forma propia de percibir la realidad, que ha afectado al estatuto mismo de lo real y, en consecuencia, a la mentalidad a través de la cual percibe los acontecimientos. En la configuración actual de la sociedad destaca la complejidad como un rasgo sustantivo de la percepción de lo real y de la mentalidad generacional. Vemos reconocido el valor de aquello que es radicalmente otro.

Nace de este modo una nueva lógica de lo social que caracteriza la forma mental de pensar de los jóvenes y un nuevo estatuto lógico de lo social en la cultura de éstos. Se puede constatar el profundo grado de incertidumbre que sufren los jóvenes cuando se enfrentan a los acontecimientos actuales, ya sean mundiales o locales, políticos o sociales, económicos o culturales. Ante el torbellino de cambios, sienten una profunda desorientación teórica, una generalizada sensación de desasosiego y, en muchos de los casos, un cierto desconcierto vital. Cuatro tipos de referentes e indicaciones pueden observarse analíticamente para identificar la configuración social de la complejidad.

a) Hay síntomas abundantes de una mentalidad que está saliendo de un estado simple para introducirse en la naturaleza esencialmente compleja de las realidades sociales. Se sienten dependientes unos de otros, no siéndole indiferente a cada uno lo que les ocurra a los demás. Se asiste al tránsito de la sociedad simple hacia formas socialmente interdependientes que ven en la interconexión la realidad misma de los problemas sociales. La cultura de los jóvenes es sensible a esta transformación y se observan abundantes fenómenos vinculados a la nueva percepción de la realidad social.

La permanente invocación al "depende" que el alumno esgrime ante el profesor que intenta reducirle la complejidad, expresa la dificultad de optar por respuestas simples. "Complejidad" se opone de este modo a "simplificación". La encuesta sobre "Los nuevos valores de los españoles" (Andrés ORIZO, 1991) es elocuente sobre el grado de confusión que viven los jóvenes: sólo un 26% cree que existen líneas claras sobre lo que es el bien y el mal; y el 59% cree que nunca puede haber directrices absolutamente claras sobre lo que es el bien y el mal, sino que depende completamente de las circunstancias del momento. El mundo de los jóvenes ya no está poblado de nociones completamente antagónicas que antaño se excluían recíprocamente.

b) La complejidad se opone a la idealización, es decir a aquella operación que cree que la realidad cabe en lo que pensamos de ella. En su lugar, la realidad es representada como una trama sobrecargada de dificultades. Los jóvenes son hoy más conscientes que ayer de que los cambios necesarios no siempre son los cambios posibles. De ahí que hayan cambiado las propias formas de soñar e idear la sociedad alternativa. La complejidad en los jóvenes marca los límites de una abstracción universalista que eliminaba la singularidad, la localidad y la temporalidad. Lo cual se refleja en el consiguiente vacío ideológico: ya no tienen certezas políticas en las que creer y a las que querer defender. La posición mayoritaria de los jóvenes ante la política indica este vacío: ha disminuido sustancialmente el interés por la política y ha aumentado el número de los que ahora adoptan una postura de indiferencia.

c) En la cultura de los jóvenes, pierden legitimidad las explicaciones centrales y únicas acerca de los fenómenos, y en su lugar se ha impuesto un alto grado de diferenciación. Se invocan con la misma legitimidad razones económicas o psicológicas, íntimas o públicas, sociales o personales. "Complejidad" se opone de este modo a "reducción". En consecuencia, la constelación de la complejidad emite síntomas inequívocos que anuncian el fin de la simplificación a favor de la interconexión, de la idealización a favor de la densidad de lo real, de la racionalización reductora a favor de la diversificación de las explicaciones.

d) El "zapping" es potencial simbólico de la constelación de la complejidad. El zapping es algo más que el simple hecho de ver simultáneamente distintos programas de televisión. Constituye el símbolo de una realidad fragmentada que se compone de distintos trazos y que se elige constantemente entre muchas opciones. La televisión ocupa un lugar central en el mundo de los jóvenes, como creador de sus intereses y de sus pautas de identificación. Se trata de una identificación provisional, cuyos productos son deslumbrantes pero efímeros, que ha sustituido a las grandes historias y narraciones por los pequeños relatos de la televisión.

Gracias a la televisión, las cosas son reales porque se pueden convertir en imagen. Pero el estatuto de la imagen es la provisionalidad, la ligereza, la rapidez. Todo puede ser vivenciado simultáneamente a través del zapping, que confiere la misma importancia a los culebrones que a los concursos, a los reportajes sobre el hambre en el mundo que a los programas gastronómicos.

3.2. Oportunidades históricas

La constelación de la complejidad ha creado las condiciones socio-culturales necesarias para la emergencia de nuevas oportunidades históricas.

a) En primer lugar, se han creado las condiciones para una sociedad intercultural. En el mundo de la juventud, el encuentro entre culturas acontece a diario como un hecho natural que abre posibilidades a la intervención educativa. Con el fin de convertirlo en oportunidad educativa conviene propiciar tres experiencias básicas: a nivel personal, a nivel grupal y a nivel colectivo.

A nivel personal, los jóvenes se sienten hoy mayoritariamente como un espacio de intersección entre distintas tradiciones culturales, una especie de conglomerado de civilizaciones y de tradiciones. Cada joven ha de saber auscultar en sí mismo las distintas voces de las culturas que le habitan. Este conglomerado va resolviéndose vitalmente por medio de un compromiso, de una reconciliación personal, de un diálogo o de una ruptura. La interculturalidad empieza siendo un hecho biológico que tiene una dimensión estrictamente personal, en la medida en que cada sujeto es resultado de la ruptura de tabiques interiores a su persona.

A nivel grupal, es fundamental advertir que la experiencia mayoritaria de los jóvenes es la diversidad: se practican distintas religiones y se poseen diversas motivaciones. No obstante, en la vida cotidiana nos tratamos como individuos, y no como ejemplares de una especie o de un grupo determinado.

A nivel colectivo, ir por una ciudad significa experimentar la convivencia pacífica entre culturas que se han ido plasmando en diversas cristalizaciones artísticas, urbanísticas, simbólicas: cristiana, ilustrada, musulmana, judía.

Desde esta triple experiencia, es posible valorar el fenómeno del mestizaje como origen y como destino: vamos hacia un mayor mestizaje cultural. Las cosas se mezclan por dentro y por fuera, se cruzan fronteras y se derrumban barreras. Si cada individuo es ya de suyo el resultado de una "des-tabicación", aún más lo será la cultura que siga mezclándose inexorablemente con otras. Ninguna cultura podría negar actualmente su componente poliétnico o multirracial, sus influencias y su mestizaje original. La grandeza del mundo reside en su polifonía, y no en una cacofonía terrorífica. La creatividad cultural viene siempre de la intensificación del diálogo, y cuando una sola cultura resulta dominante, produce efectos de sobredosis tóxica de culturas. Lo recordaba recientemente el poeta antillano Derek WALCOTT (Premio Nobel de Literatura de 1992): "soy heredero de todas las literaturas de la gente de mi isla; basta arañar la superficie para encontrar esas culturas originales, se trata de una influencia orgánica que fluye por mis venas" (LA VANGUARDIA, 10 junio 1994).

Las principales instituciones en las que habitan los jóvenes son también el resultado de un mestizaje. No conozco ninguna institución social que se haya podido mantener incontaminada ante la presión de otras culturas, ni siquiera aquellas instituciones que podrían aparecer más reacias al contagio. La misma institución escolar se ha configurado como el producto de una mezcla y de un compromiso cultural. Como ha mostrado Julio CARABANA, la escuela actual es el resultado de una lucha entre concepciones culturales diversas.

El encuentro entre culturas no es la simple relación entre lo justo y lo injusto, ni entre lo verdadero y lo falso, sino entre lo justo y lo justo. La reivindicación de esencias absolutas en el ámbito de la cultura sólo conduce a la limpieza étnica.

b) En segundo lugar, la emergencia social del multiproblema abre importantes oportunidades educativas. No existe actualmente ninguna situación que pueda ser atribuida a una

única causa. Este tipo de percepción de los jóvenes se ha convertido en un hallazgo cultural importante. La droga o el fracaso escolar, el desempleo o la delincuencia, son realidades complejas que no permiten interpretarse desde un único registro. Se rechaza de este modo el discurso lineal que ante un problema busca una causa y un remedio: no hay una línea directa entre la causa, el problema y el remedio.

El educador está en condiciones óptimas para descubrir el valor de la paradoja y de los laberintos a los que se creía sin salida. Allí donde se piensa que la educación es el resultado de un número incalculable de interacciones, una nueva libertad amanece para el educador. Pensar que el laberinto pueda ser un círculo creador no es un mal servicio de nuestro tiempo a la educación. Convencerse de que en un estercolero puede nacer un jardín, o que el hijo de la prostituta puede ser un santo, o que el fracasado escolar puede dar lecciones de humanidad al resto de la clase, es una lección definitiva de la actual cultura de la complejidad. La simplicidad de los análisis y la carencia de sentido de lo paradójico llevan a que algunos educadores sólo entiendan que las cosas malas resultan de las malas condiciones, con lo cual se borra la posibilidad de que el mal surja de cosas tenidas por buenas, y el bien, de cosas tenidas por malas.

En su constelación, la complejidad no es un elemento a eliminar, sino una parte de la problemática de fondo, que es a su vez parte de la solución. Mientras el educador vinculó la complejidad a la incerteza, al desorden o a la contradicción, la complejidad fue una dificultad a eliminar. Hoy, la intervención educativa ya no consiste en eliminar la paradoja, sino en trabajar con ella, con su incertidumbre y su desorden.

c) En tercer lugar, se han creado las condiciones sociales adecuadas para superar el etnocentrismo. El educador ha de saber que la constelación de la complejidad ha diluido la vieja convicción que representaba a la realidad social tejida por un centro y una periferia. Ya no es posible leer la historia como el doble relato de un pueblo central, portador de civilización, y de unos grupos indígenas, nacidos en la periferia de aquél. Así lo recordaban recientemente representantes de pueblos del Sur con motivo de la celebración del descubrimiento de América. Frente a los que creían que aquellos humanos existieron cuando los descubrimos, o que se civilizaron cuando los conquistamos, se trata más bien de hablar de encuentro entre culturas, de enriquecimiento mutuo.

En cuanto al origen se refiere, toda sociedad es resultado de mezclas. No hay un punto cero que tuviera un derecho patrimonial. Todo está contaminado, desde el lenguaje hasta las divinidades: el mestizaje no es simple desgarró (aunque pueda tener un principio difícil), sino (a la larga) enriquecimiento. Y en cuanto al destino, las sociedades modernas están sometidas a la movilización interna y externa, del campo a la ciudad, de un país a otro país. Esta movilidad supone una nueva estructuración de la identidad en base a la interpretación de sus diversas culturas, fruto del intercambio y de la ósmosis fecundados por el contacto con hombres y mujeres de horizontes diversos.

El educador adopta un compromiso con lo universalizable a través del uso compartido de la razón. Pero ciertamente, el hecho primario reside en que la sociedad actual contiene patrimonios culturales diferentes que impiden confundir la universalización con la homogeneización. ¿Existe hoy algo que pueda ser universalizable?

Se han universalizado las preocupaciones. Las amenazas se vivencian como comunes en la medida en que exigen una corresponsabilidad común: retorno del racismo, xenofobia, particularismo excluyente, destrucción de la naturaleza, persistencia de la pobreza, contaminación atmosférica... Hay una clara corresponsabilidad colectiva en los problemas de la humanidad, puesto que "la soledad, la angustia de la existencia y finalmente la muerte -es decir, los grandes y

últimos atributos de la condición humana- son comunes a todos los hombres" (SÁBATO, EL PAÍS, 2 enero 1992).

3.3. Eclipse

En las sociedades complejas, la plausibilidad de los valores y de las tradiciones religiosas se ve amenazada desde dentro de la conciencia. Un signo importante de este fenómeno es el relativismo moral que brota con fuerza entre los jóvenes. Así, el 72% de los que tienen 18-24 años reconoce confundir el bien y el mal.

No cabe duda de que el relativismo moral refuerza algunas virtudes sociales, como por ejemplo la tolerancia, pero ciertamente ha tenido un efecto perverso en la indiferencia. No deja de ser curioso que, entre las cualidades a inculcar a los niños, dejemos para el final (según las encuestas) las que podríamos denominar virtudes fuertes: fe, determinación, perseverancia, abnegación. Lo cual ha permitido decir a BAUDRILLARD que "las grandes pulsiones o impulsos positivos, electivos, atractivos, han desaparecido. Ya sólo deseamos débilmente y nuestros gustos están cada vez menos determinados. Tanto las constelaciones del gusto, del deseo, como la de la voluntad, se han deshecho gracias a algún efecto misterioso... Sólo los rechazos son violentos; los proyectos ya no lo son" (p. 80)

La transformación del realismo en pragmatismo supone uno de los eclipses mayores que afectan a la intervención educativa. Una cosa es que el joven descubra que "hay lo que hay", y otra bien distinta es que se resigne a creer que "sólo lo que hay es real".

Las soluciones de problemas complejos suelen contribuir a paralizar la acción, y es fácil explicar el brote de fundamentalismos entre los jóvenes como una reacción a la excesiva complejidad de los problemas vividos. ¿Podrán vivir los jóvenes sin alguna certidumbre ideológica y desasistidos por las convicciones? Los huérfanos de certezas protagonizan hoy algunos eclipses particularmente graves. El horror al vacío ha generado un renacimiento de actitudes fundamentalistas o incluso nihilistas que intentan paliar esa sensación de vacuidad.

4. LA CONSTELACIÓN DE LA IDENTIDAD ABIERTA

Un elemento central de toda configuración socio-cultural está constituido por la manera de crear la identidad personal, o de recrear los mecanismos por los que esa identidad se sostiene y se alimenta. ¿Cómo construyen los jóvenes su identidad propia? ¿Ha habido alguna novedad perceptible? Los analistas sociales han tipificado los actuales modos de identidad como propios de un nuevo ciclo individualista. La Encuesta Europea de Valores arroja un hecho clave: la sociedad que estamos viendo nacer es una sociedad de individuos en la que se reconoce el valor de lo privado y de lo singular. Hoy, el perfil medio es subjetivo, confuso, aspirante a una felicidad teñida de bienestar y ciertamente hedonista. La individualidad -que no el individualismo-, dada la prioridad que se le asigna, constituye un dato clave para interpretar la sociedad española de nuestro tiempo (ORIZO).

4.1. Síntomas

Ante el nuevo estatuto de lo social, las señas tradicionales de identidad personal se ven

alteradas, y se configura la nueva constelación del individuo con tres procesos característicos.

a) En primer lugar, resultan decisivas las transformaciones demográficas, que han tenido efectos significativos sobre la familia y otras unidades de convivencia. La familia se apoya cada vez más en los vínculos afectivos y se sostiene por la libre decisión de sus componentes. Así, la familia adopta cada vez más una debilidad esencial. Sin disminuir su grandeza, la familia actual es fruto tanto de una voluntad humana como de una situación social inevitable que impele a los jóvenes a permanecer más años de su vida en el hogar familiar. Por ello, no es extraño que un 70% de los jóvenes españoles de 18 a 29 años viva con sus padres.

b) En segundo lugar, el proceso de diferenciación es a la vez un proceso social, cultural, y un rasgo definitorio de la personalidad. En cuanto social, supone el final de la sociedad tradicional, mucho más orgánica e integrada que la nuestra. Todo lo que en aquella sociedad estaba unido aparece ahora disociado en territorios diferenciados: Iglesia y Estado, comunidad política y sociedad civil, cargos y propiedades, vida pública y privada. La sociedad moderna nació de un trazado de líneas y fronteras que marcó el final de la integración. La cultura de los jóvenes advierte la decepción de la diferenciación y, en su lugar, asiste a un proceso de integralidad, que se expresa en la búsqueda de formas pre-modernas de integración. Se abre una época propicia para los servicios de proximidad, para las comunidades reducidas, para los grupos de encuentro.

c) Y en tercer lugar, han aumentado decisivamente los factores de movilidad espacial y temporal. La experiencia cotidiana de los jóvenes se apoya en la diversidad de identidades, cimentada sobre dos hechos sociales importantes: la promiscuidad del espacio, que rompe los criterios de estratificación, y la ampliación del mundo propio, como resultado del contacto con otras culturas.

Contemplar la vida nocturna de una ciudad significa adentrarse en una experiencia original de tiempo y espacio. A esas horas, la ciudad se ve poseída por una especie de tribus urbanas que rompen las barreras tradicionales de la estratificación social. Un ejército de jóvenes se traslada de un lugar a otro con la misma disciplina de los antiguos ejércitos, que se desplazaban ordenadamente a la conquista de nuevos territorios. Llegar a un bar, a una discoteca o a una calle determinada a ciertas horas supone entrar en un lugar simbólico constituido por una red de significaciones compartidas.

Igualmente, la ampliación del mundo se ha producido a través de la dimensión-tiempo. Todavía vive la generación que, en sus estudios, concebía una antigüedad del mundo de unos 6.000 años. Hoy todo niño sabe que ha habido millones de años de vida en el planeta. En cuanto a las alteraciones en lo espacial, basta recordar que desde 1989 han aparecido en el mundo al menos 23 nuevos países, para gloria y desazón de los cartógrafos, que no alcanzan a dibujarlos en el mapa. Así, la ampliación espacial y temporal del mundo ha permitido experimentar un mundo sin confines ni fronteras, donde el viaje no sólo es una posibilidad, sino un signo sacramental de una nueva era.

4.2. Oportunidades históricas

La construcción de una identidad abierta presenta grandes oportunidades para la acción educativa, en la medida en que ha suscitado tres imaginarios sociales que dominan las culturas de los jóvenes:

a) El valor del reconocimiento. Los jóvenes han intensificado la exigencia de reconocimiento personal y el rechazo de los signos de humillación más o menos tolerados en otras épocas. En toda forma de humillación hay una desvalorización del individuo. El joven quiere ser considerado una persona plena, con derecho de palabra y de respuesta, y con derecho a ser respetado por otros. Los jóvenes han extendido el deseo de reconocimiento social y moral a todos los rincones de la existencia: los modos de trabajo, de vestido, de expresión, las formas de discapacidad, las minorías sociales.

Dentro del reconocimiento, constituye un capítulo importante el hecho de "ser escuchados y valorados". Como puede observarse en las encuestas, el ascenso de los valores post-materialistas es notable entre los jóvenes, con el consiguiente descenso de valores materialistas. El primer objetivo postmaterialista es "tener más en cuenta la opinión de la gente sobre cómo se hacen las cosas en su trabajo y en su comunidad" (35%) y "avanzar hacia una sociedad menos impersonal y más humana" (30%). Los valores que suben son la vida sencilla y natural, la vida familiar, el desarrollo del individuo y la menor importancia al dinero. Y, por el contrario, pierden fuerza el respeto a la autoridad, la tecnología y la importancia del trabajo. Se da menos relieve al dinero o a los bienes materiales, mientras que la realización personal o el desarrollo de la propia individualidad colman la pirámide escalonada de impulsos, aspiraciones y necesidades del individuo. El área de lo espiritual, lo simbólico y lo estético se recupera.

b) La flexibilidad frente a la obligación. La identidad de los jóvenes tiene un rasgo distintivo en la flexibilidad. Ésta no es sólo un desafío, sino una oportunidad para reorientar los esfuerzos educativos hacia las motivaciones y la responsabilidad, y no tanto hacia la imposición de deberes. Se acabó la obligación y el mando autoritario. Se revaloriza cada vez más la capacidad de decidir autónomamente. El eje articulador de la personalidad ya no es el deber ni la obligación categórica, sino la experimentación. Asistimos a una figura de la identidad que está basada en el reciclaje, la polivalencia, la adaptación. El joven disciplinado, especialista, ha dejado de responder a las necesidades de la sociedad posindustrial, y en su lugar emerge la figura del joven polivalente, con una identidad abierta. La apelación a las circunstancias domina el tablero moral, y los juicios de valor moral ceden paso a una ética de corte existencialista o situacionista, que constituye el polo opuesto de un código prescriptivo.

Actualmente, las ciudades modernas a manos de los jóvenes dejan de ser simples espacios geográficos definidos por sus fronteras para convertirse en espacios simbólicos de la conciencia colectiva, caracterizados por la promiscuidad, la flexibilidad, la labilidad. Si los asentamientos humanos diseñaron la ciudad en grupos sociales estables que podían representarse casi como países de un mapa, la movida de los jóvenes semeja más al espacio meteorológico que se mueve en forma de torbellino.

c) El derecho a la diferencia. El contacto con otras culturas ha permitido valorar la diferencia de modos de vida. A través de esta experiencia, los jóvenes han adquirido un conocimiento mayor de culturas diversas y han aprendido a apreciar lo que es diferente: nadie afirma que esas otras culturas carezcan de valor.

Se han abandonado los esquemas simples. Ya nadie cree hoy que se pueda funcionar con esquemas como el de "nosotros verdaderos / ellos falsos": se vive en la presencia simultánea de mundos discrepantes, a través de los cuales se puede transitar. A diario un joven mantiene un contacto habitual con quienes no creen lo mismo que él, con quienes adoptan significaciones, valores y creencias diferentes a las suyas, cuando no contradictorias. Con ello se llega al final de las contraposiciones simples. Los jóvenes se encuentran molestos con ciertas tipificaciones que

proceden de épocas pasadas: derecha-izquierda, público-privado, formal-informal... Cada vez más la sensibilidad de la juventud renuncia a los estándares y protesta contra los intentos de eliminación de lo extraño, lo irreductible, lo otro. El derecho a la diferencia se ha impuesto como un imperativo moral en la cultura de los jóvenes.

La época del deber impersonal y distante ha tocado a su fin. En su lugar, ha llegado el tiempo de la pasión por la innovación, de la emoción del dinamismo y del entusiasmo de la comunicación. De ahí las dos grandes expectativas que tienen los jóvenes en los servicios de proximidad y de solidaridad.

Los servicios de proximidad, que fueron siempre un baluarte de la protección, viven actualmente un serio debilitamiento. La lógica misma del Estado de Bienestar, con la institucionalización de la solidaridad, ha roto las formas tradicionales de responder ante la necesidad.

Los jóvenes han descubierto la solidaridad como un valor central, pero ciertamente lo han hecho desde la óptica de la identidad abierta. La novedad cultural del descubrimiento de la solidaridad en el mundo de los jóvenes ha consistido en vincular esa solidaridad al interés personal. El individuo responsable descubre como interés propio la solidaridad, ya que ella es parte de la responsabilidad individual. Nunca como hoy habíamos asistido a una eclosión de solidaridad en el mundo de los jóvenes, y nunca como ahora a una oposición tan decidida a las formas de exclusión o de humillación. Las acciones que en 1990 se justifican menos que en 1981 -según la Encuesta Europea de Valores- están relacionadas con la moral sexual familiar, con la disposición o manipulación de la propia persona, y sobre todo con la insolidaridad cívica o ciudadana (por ejemplo, engañar en el pago de impuestos, no informar de los desperfectos provocados accidentalmente, comprar algo robado, o conducir un vehículo que pertenece a un desconocido). Tan significativo es este cambio que ciertos ideólogos empiezan a lamentar la ausencia de ambición en la juventud: "Se han reducido los valores públicamente estimados a un número tan escaso, como el poder o el dinero, que existe el peligro de que esos muchachos menosprecien la ambición de triunfar en las ciencias, el arte, la creación o el deporte, donde pueden encontrar grandes satisfacciones personales e incluso celebridad" (ORTEGA SPOTTORNO).

4.3. Eclipse

La identidad de los jóvenes y los mecanismos que la sostienen han hecho aumentar los factores de vulnerabilidad a causa de algunos elementos básicos, que conforman el perfil de la vulnerabilidad. Por ejemplo, se ha transformado la índole de los riesgos. De una "sociedad de peligros" hemos pasado a una "sociedad de riesgos". Mientras los peligros (como, por ejemplo, las quiebras, las catástrofes o las guerras) eran concretos, previsibles y fácilmente identificables, los riesgos (deterioro del medio ambiente, inseguridad, desempleo) son difícilmente detectables, aun cuando puedan ser atribuidos a una causa conocida. Ante decisiones económicas, químicas, genéticas, nucleares, informáticas, resulta imposible observar con precisión en qué sentido podemos errar (BECK, 1993; RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, 1993; GIDDENS, 1992).

La batalla del joven-individuo contra la sociedad es desigual, y puede resolverse de dos maneras típicas: o bien triunfa la sociedad, haciendo del joven un producto útil y adaptado a las exigencias del modelo social dominante, o bien es expulsado el individuo a esa zona de vulnerabilidad y de precariedad donde habitan tantos jóvenes hoy. Cada vez es mayor el segmento de juventud que está instalado en la precariedad tanto social como laboral y profesional. Se han fragilizado de este modo las redes tradicionales que sostenían las existencias

vulnerables. Los intentos de tantos jóvenes de perdurar en la familia responden a esa necesidad de encontrar amortiguadores ante el impacto del desvalimiento y la precariedad.

5. LA CONSTELACIÓN POLITEÍSTA

El universo religioso de los jóvenes está siendo reconstruido con múltiples materiales que proceden del mundo de sus sentimientos, de sus necesidades primarias, de su posicionamiento ante las instituciones, así como de rasgos y estilos de vida que les son propios. Todos esos itinerarios de reconstrucción de lo religioso que coexisten actualmente constituyen una nueva constelación que denominamos politeísta, para mostrar que no nos encontramos ante la crisis de lo religioso entre los jóvenes, sino más bien ante una hemorragia de religiosidad difusa. ¿Qué características tiene la actual reconstrucción de lo religioso en el mundo de los jóvenes y cómo se condensa en forma de constelación socio-cultural?

5.1. Síntomas

a) Es sabido que la población española se declara mayoritariamente católica, a pesar de que en los últimos años haya aumentado el grupo de los que afirman no pertenecer a ninguna religión. El porcentaje de "no-creyentes" era del 2% en 1970, y en 1990 ya alcanzaba el 26%, que corresponde en buena medida al sector de los jóvenes. Tres de cuatro jóvenes se dicen católicos, y uno de cada cinco se reconoce católico practicante. Un 70% de jóvenes, aunque con intensidades diversas, afirma creer en Dios (CIRES, Fundación SANTA MARÍA).

Sin embargo, la práctica religiosa dominical ha disminuido tanto entre los jóvenes como entre los adultos: un 20% de los jóvenes cumple con el precepto dominical y va a misa al menos una vez a la semana; alrededor de la mitad sólo van en ocasiones especiales, y una quinta parte no suele ir nunca. La asistencia a la iglesia parece ser algo más frecuente entre las mujeres, y está directamente relacionada con la clase social (CIRES, 1994, pp. 778-779). Asimismo los jóvenes de 18 a 24 años de edad presentan porcentajes inferiores a los de la población general en lo referente a prácticas religiosas. Incluso puede afirmarse que para los jóvenes la práctica religiosa no es precisamente un valor muy estimado: se consideran religiosos el 46% de jóvenes, mientras que esa convicción alcanza al 63% de la población general. (CIRES, 1994, pp. 45, 778-779).

Hay un aumento ininterrumpido del grupo de agnósticos e indiferentes, que son los grandes triunfadores de la crisis del universo católico español en los últimos años. Sin embargo, no parece que la indiferencia sea la estación-término del universo religioso de los jóvenes, sino que más bien nos encontramos en el principio de otro viaje que se dirige hacia otras formas de creencias y hacia otras prácticas de matriz religiosa, lo que indica que la demanda religiosa no ha desaparecido, sino que se reorienta. ¿Qué caracteriza la nueva matriz religiosa de los jóvenes?

b) Uno de cada dos jóvenes (el 48%) ha tenido la experiencia de fascinación ante la grandeza y la belleza de la naturaleza. Un primer itinerario de reconstrucción del universo religioso de los jóvenes se hace con elementos cósmicos vinculados a la ecología. Así, ha disminuido la fe en un Dios personal en beneficio de la creencia en alguna clase de espíritu o fuerza vital. Aumenta igualmente la creencia en el destino (39% de los jóvenes varones y 53% de las mujeres jóvenes) y en el horóscopo (22% y 36%, respectivamente).

Según la Encuesta Europea de Valores, el 21% de los jóvenes cree en la reencarnación.

Aumenta el número de jóvenes que cree que la muerte es un paso hacia otra existencia (37%), aunque un 51% no sabe si hay algo después. Según concluye ELZO, la creencia en los dogmas centrales del cristianismo, como puede ser la resurrección, no alcanza más allá de la quinta parte de la juventud. Y para esta quinta parte, la creencia no se limita al mero acto cognoscitivo, sino que tiene una profunda dimensión vivencial (1994, p.145).

En lo que se refiere a las prácticas religiosas, disminuyen aquellas que están asociadas a instituciones (sacramentos de la eucaristía, de la reconciliación...), para recuperar, no obstante, una serie de rituales y prácticas pre-cristianas, como son las fiestas populares y las celebraciones naturales del nacimiento, la muerte o el matrimonio, que tienen que ver con los ajustes existenciales.

c) La situación espiritual de los jóvenes no viene caracterizada por la indiferencia ante la religión, sino más bien por un nuevo itinerario espiritual. Itinerario que no es ajeno al retorno general de lo sagrado por la vía de la naturaleza, a la vigencia de la dimensión existencial por la vía de la mística y al reclamo de unidades de pertenencia a través de pequeñas comunidades.

La forma de religiosidad de los jóvenes se presenta compatible con un alto grado de confianza en los métodos del curanderismo, el horóscopo, la astrología o los médium. No resulta indiferente que (según datos de la Fundación SANTA MARÍA) el 42% de los jóvenes crea que hay algo verdadero en las prácticas parareligiosas. Y en cuanto a las sectas se refiere, el 6% de jóvenes las considera como una forma válida de religiosidad. Su proliferación, aunque cuantitativamente sea un hecho reducido, revela las inflexiones que se están produciendo en el mundo de los jóvenes.

El sentimiento religioso que ahora emerge no es propiamente una vuelta a la forma pre-moderna de lo sagrado, ni siquiera a la restauración de sus formas institucionales que se expresan en las iglesias, sino que más bien es una manifestación no estructurada del sentido de trascendencia que potencia sobre todo los aspectos existenciales. Así, la ola de búsqueda de lo místico se manifiesta en el mayor conocimiento de las grandes corrientes de espiritualidad y en una cierta fascinación por las tradiciones orientales. Pero esa ola se expresa también a través de la creencia en fuerzas poco definidas que rigen el destino de los seres humanos, creencia que conlleva con frecuencia expresiones esotéricas y ocultistas: tarot, cartomancia, espiritismo, numerología, creencia en extraterrestres.

5.2. Oportunidades históricas

La reconstrucción de la religiosidad que protagonizan los jóvenes abre importantes oportunidades a la acción educativa, al menos en tres direcciones significativas. En cualquiera de ellas, ya no es legítimo hablar de irreligiosidad como rasgo característico de los jóvenes. Más bien han cambiado las condiciones de producción del universo religioso, y ellas pueden representar una contribución importante a la profundización de la religión.

a) El universo religioso de los jóvenes no se sostiene sobre el peso institucional de la Iglesia o sobre determinadas normas sociales o códigos de conducta, sino que se vincula cada vez más a demandas de sentido y a preguntas fundamentales sobre la vida humana. Los jóvenes ya no viven en un mundo estructuralmente impregnado de lo sagrado, ni lo religioso constituye ya una fuente de inteligibilidad, ni las Iglesias forman el cimiento interno del orden social. A pesar de ello, no se han acallado las cuestiones sobre el sentido. Nadie duda que exista actualmente entre

los jóvenes una demanda urgente de sentido, de respuesta a cuestiones fundamentales del ser humano. Todo ello hace pensar que se produce el cansancio de una determinada civilización y que hay una necesidad de encontrar caminos de integración y de armonía interna ante la fragmentación contemporánea.

La demanda de sentido responde a un cierto agotamiento de una civilización hegemónica que ha obstruido las cuestiones del sentido en función de una racionalidad técnica e instrumental. Los jóvenes viven una saturación de ese universo simbólico que ha servido para sustentar una civilización de instrumentos y de consumos, pero ha dejado huérfanas las cuestiones básicas de la existencia humana. Se les hace necesario encontrar caminos de integración personal a través de formas de comunicación, meditación y oración.

b) Junto a las cuestiones sobre el sentido, se abre la oportunidad de aproximar la experiencia religiosa a los valores ecológicos. Los jóvenes han abierto la experiencia religiosa a la dimensión cósmica, incluso aquellos que se consideran agnósticos. A la cultura actual de los jóvenes pertenece la creencia mayoritaria en fuerzas y energías superiores que rigen la naturaleza, así como la representación de la naturaleza como lugar sagrado.

c) El factor existencial resulta definitorio en la producción social de la religiosidad. La experiencia religiosa ha desplazado los componentes institucionales, y en su lugar se ha constatado una fuerte presencia de elementos estrictamente personales: el sentimiento de culpa, la vivencia de una presencia trascendente, la preeminencia de un ser superior, el misterio de la muerte como frontera de la vida, la experiencia de la comunicación mística.

Estos elementos no pueden ser infravalorados por el educador por razón de afirmaciones dogmáticas u ortodoxas (si se salva o no la objetividad de la verdad o la trascendencia de lo sagrado). Esos elementos deben ser más bien una oportunidad de sacar algún provecho humano del fenómeno de la individualización de lo religioso. Así, esta nueva perspectiva, que podríamos denominar "experiencial", ofrece actualmente una alternativa al tipo de aproximación que normalmente ha caracterizado a los educadores y que podríamos denominar "exclusivamente culturalista".

5.3. Eclipse

La primacía del individuo, sujeto de opciones y decisiones personales, debe estimarse como el lugar natural de la creencia religiosa: el individuo (en sociedad, como diremos en seguida) constituye la auténtica realidad humana, de la cual surgen gradualmente las instituciones sociales, políticas o eclesiales. ¿Cuántas oportunidades se abrirían si el individuo fuera el centro de la escuela, de la parroquia, de la Iglesia o del barrio? La afirmación del individuo es primariamente una forma de comprender el acto de fe y de colaborar en un proyecto humanizador de Iglesia. Ya no es posible pertenecer al grupo sin participar en él, de suerte que la pertenencia a la Iglesia debe recrearse para un colectivo que ha hecho suya la entrega condicional y voluntaria, la distancia crítica y la elección.

Se entiende fácilmente cómo esta oportunidad se puede convertir en una actitud antisocial, antipolítica y antieclesial cuando se afirma en contraposición al grupo y a la comunidad. Incluso aceptando esta posibilidad de eclipse, no parece que ello les preocupe a los jóvenes, ya que valoran la presencia y la interrelación de acogida y de ayuda mutua de las personas, y buscan el clima personalizador y socializador frente al anonimato y al individualismo.

El universo religioso de los jóvenes se caracteriza por su talante crítico frente a las

manifestaciones institucionales de la religión, y por su aceptación de una religiosidad difusa, que ciertamente abre oportunidades para la experiencia mística, pero produce dos eclipses que el educador deberá amortiguar: el regreso de lo irracional y el debilitamiento del compromiso.

La reivindicación de lo mágico, la vigencia de las sectas y un cierto misticismo constituyen las tres heridas del universo religioso de los jóvenes, que en muchos casos llega a identificarse con la experiencia religiosa misma. Los tres eclipses nacen allí donde se había violentado alguna experiencia fundante: la reivindicación de lo mágico como protesta a la racionalidad instrumental, la vigencia de las sectas como reivindicación ante la burocratización de las Iglesias, y el misticismo como negación de un exceso de expresión. Igualmente, la reacción neo-mística entre los jóvenes se produce a costa del compromiso socio-político. Si, en décadas anteriores, la fe religiosa estuvo básicamente vinculada a la ética y a la transformación, actualmente lo está a la estética y al espíritu de convivencia.

IV. EPÍLOGO PARA EDUCADORES

Cada tiempo lleva en su seno pasiones y tendencias opuestas que coexisten y se confrontan en forma de contradicciones socio-culturales. La perspectiva educativa no valora en la misma medida oportunidades y eclipses, sino que se caracteriza por situarse del lado de las oportunidades.

El concepto de "oportunidad social" ha sido el hilo conductor de este escrito: su única idea y su único compromiso. Ahora bien, para que las oportunidades sociales se conviertan en oportunidades educativas se requiere la voluntad del educador para valorarlas y reconocerlas como tales. No basta que las posibilidades estén ahí; el recurso educativo nace de una combinación con la voluntad. Por ello, un recurso educativo será constituido y articulado en la medida en que se proyecte a través de la creatividad, de la organización y de la acción.

Al confiar en las potencialidades, el educador amplía el concepto tradicional de la intervención educativa, que se resuelve siempre a favor de las posibilidades que encierra una situación. Posibilidades tangibles e intangibles, físicas y espirituales, formales e informales. Para el educador tiene un valor especial la fisiología de nuestro tiempo, ya que, al situarse de parte de las oportunidades, mira a su presente como un tiempo germinal. Y de este modo, incluso lo improbable se convierte en un camino a seguir; cuando la corresponsabilidad o la solidaridad no sean probables, la verdad educativa brotará de lo improbable.

El educador no se enfrenta ante las iluminaciones y los eclipses como si se tratara de dos vías ante las cuales debe elegir, como quien se encuentra en el cruce de dos caminos. Transformar un eclipse en una oportunidad, una hendidura social en una ocasión de crecimiento, una caída en un vuelo, la oscuridad en independencia moral e intelectual, es el aporte fundamental de la educación. Para esta mutación, el educador necesita de unos equipajes permanentes. ¿Con qué instrumentos se puede pensar la incertidumbre? ¿Qué brújulas utilizar? ¿Qué acciones promover? El equipaje de la crítica resultará esencial en esta tarea, como brújula moral para desactivar eclipses culturales, para desenmascarar falsas oportunidades sociales y para denunciar sus atropellos.

El educador ha de situarse más allá de la perplejidad que paraliza la convicción, y más acá de la certeza que impide la búsqueda. Ambas amputaciones impiden la intervención educativa: lo primero supone un ritmo tan vertiginoso que no permite asumir la perplejidad; lo segundo aporta certezas que nunca llegan a ser del todo nuestras. Frente a la perplejidad, la convicción humilde; frente a la certeza, la pregunta permanente.

Será necesario evitar las hondas lamentaciones contra nuestro tiempo y los memoriales de agravios contra los jóvenes, ya que ambas cosas impiden percibir los latidos más profundos y recoger el rumor de fondo olvidado, donde anidan las oportunidades. No conozco nada grande en el ámbito educativo que haya nacido de la apocalíptica, ni nada positivo que sea generado por la desesperanza. La apocalíptica, como talante educativo, agranda la sobrecarga del educador, activa las minas intelectuales y morales de los alumnos y, sobre todo, impide caminar a los débiles. ¡Hacer camino con un educador desesperanzado es la peor desgracia que le puede suceder a un sujeto frágil! Aunque las oportunidades de un momento concreto haya que descubrirlas a través del ojo de una cerradura, el educador tendrá que recordar que "por causa de los desesperanzados se nos entregó la esperanza" (BENJAMIN).

Es cierto que en la acción educativa, como en toda acción creadora, acontece una progresiva pérdida de sustancia que requiere realimentarse. Miguel DELIBES lo advertía recientemente en el discurso pronunciado con motivo del Premio Cervantes. En el aliento hacia otras existencias hay siempre un interesado desprendimiento, que se despliega por una parte en

desgaste gratuito y por otra en reencuentro interesado. Dar la vida para ganarla es la expresión evangélica de esta divina paradoja.

Cuando alguien emprende la creación narrativa de otras vidas, se enajena a sí mismo para vivir las de sus personajes: la existencia del narrador transcurre inventándose otros "yos", desdoblándose en otros seres, actuando por ellos hasta el punto que su verdadera existencia se diluye y en cierta medida deja de tener sentido para él. El educador, como el creador, siente de este modo una doble dinámica: por una parte, la ampliación de su existencia, como enriquecimiento por la apertura de nuevos horizontes, y por otra, el desgaste existencial que se produce en cada desdoblamiento, ya que "ellos iban redondeando sus vidas a costa de la mía, en buena parte ellos me habían vivido la vida, me la habían sorbido poco a poco". El educador se ha dejado sorber la vida y, como Delibes, cuando quiere darse cuenta de este despojo, su espalda ya se ha encorvado definitivamente.

BIBLIOGRAFÍA

- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS: «Actitudes y opiniones de los españoles ante la infancia», Madrid, 1991.
- CIRES: «La realidad social en España, 1992-1993». Ediciones B, Madrid, 1994.
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS: Eurobarómetro, abril 1993.
- ELZO, J.: "Actitudes de los jóvenes españoles frente al tema religioso", en Jóvenes españoles, 1989, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1989.
- ELZO, J.: "La religiosidad de los jóvenes españoles", en Jóvenes españoles, 1994, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1994.
- ELZO, J.: "Ensayo tipológico de la juventud española", en Jóvenes españoles, 1994, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1994.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: Informe sobre Juventud en España, 1992.
- GERVILLA, E.: Posmodernidad y educación: valores y cultura de los jóvenes, Dykinson, Madrid, 1993.
- GONZÁLEZ BLASCO, P.: "Sensibilidades sociales", en Jóvenes españoles, 1989, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1989.
- GONZÁLEZ BLASCO, P.: "Los jóvenes y sus identidades", en Jóvenes españoles, 1994, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1994.
- GONZÁLEZ BLASCO Y GONZÁLEZ ANLEO: Religión y sociedad en la España de los 90, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1992.
- LAMBERT Y MICHELAT: Crépuscule des religions chez les jeunes, Ed. L.Harmattan, Paris, 1992.
- LEVI, P.: Los hundidos y los salvados, Muchnik Ed., Barcelona, 1989. LIPOVETSKY, G.: El crepúsculo del deber, Anagrama, Barcelona, 1994.
- LOZANO, J.M.: ¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes?, Cuadernos "Cristianismo i Justicia", n. 41, Barcelona, 1991.
- MARTÍNEZ CORTÉS, K. «Una tipología juvenil y algunas aplicaciones pastorales», en Revista de pastoral juvenil, n. 287 (1990).
- MARTÍNEZ CORTÉS, J.: ¿Qué hacemos con los jóvenes?, Cuadernos "Fe y Secularidad", Madrid, 1989.
- MARTÍN SERRANO, M.: Los valores actuales de la juventud en España, Injuve, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid, 1991.
- MORIN, E.: Introducción al pensamiento complejo, Gedisa, 1994.
- NAVARRO LÓPEZ Y MATEO, M.J.: Informe Juventud en España, Instituto de la juventud, Madrid, 1993.
- ORIZO, F.A.: "Fuerza de personalidad y liderazgo", en Jóvenes españoles, 1989, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1989.
- ORIZO, F.A.: Los nuevos valores de los españoles, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1991.
- ORIZO, F.A.: "Integración en la sociedad", en Jóvenes españoles, 1994, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1994.
- ORTEGA SPOTTORNO, J.: «La gente joven», en EL PAÍS, 3 abril 1992.
- PÉREZ ALONSO, MARÍN IBÁÑEZ, VÁZQUEZ GÓMEZ: Los valores de los niños españoles, 1992, S.M. Fundación Santa María Madrid, 1993.
- TOHARIA CORTÉS, J.J.: "Los jóvenes españoles ante la familia y el matrimonio", en Jóvenes españoles, 1989, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1989.
- TOHARIA CORTÉS, J.J.: "Los jóvenes y la política", en Jóvenes españoles, 1989, S.M.

Fundación Santa María, Madrid, 1989.

VALLALAIN, BASTERRA Y VALLE, «La sociedad española de los 90 y sus nuevos valores», S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1992.

VALLE, A.I.: "Vida cotidiana y relaciones personales", en Jóvenes españoles 1994, S.M. Fundación Santa María, Madrid, 1994.

CUESTIONARIO PARA EL DIÁLOGO

0. Quizás la lectura de este Cuaderno ha suscitado en nosotros respuestas diferentes: de disconformidad, de aprobación, incluso de perplejidad...

- Comentemos las principales reacciones que su lectura ha suscitado

1. En la "constelación del presente", el autor habla del futuro como amenaza, de la vigencia del pragmatismo, del enfriamiento de la utopía. Al mismo tiempo, muestra las oportunidades nuevas que esa constelación abre ante nosotros.

- A partir de nuestra experiencia, ¿cuáles son esas oportunidades?

2. En la "constelación del cuerpo", el autor nos expone nuevas formas de vivenciar nuestra realidad corporal: la cultura de la salud, la afirmación de los derechos humanos, la recreación del espíritu y del amor...

- ¿Cómo influye todo ello en nuestra vida? ¿Qué oportunidades presenta?

3. La "constelación de la complejidad" abre nuevas oportunidades (la de una sociedad intercultural, la de una sociedad intercausal...), pero al mismo tiempo puede ser también peligro de incertidumbre y desasosiego.

- ¿Cómo acompañar estos momentos educativos?

4. En la "constelación de la identidad abierta", el autor nos habla del valor del reconocimiento, de la responsabilidad mayor, de la diferencia.

- ¿Qué amenazas y qué oportunidades presenta esta constelación?

5. El universo religioso de los jóvenes no se sostiene sobre el peso institucional de la Iglesia o sobre determinadas normas sociales o códigos de conducta, sino que más bien se ve vinculado a demandas de sentido.

- ¿Consecuencias de este fenómeno para la transmisión de la fe?

6. Después de la lectura del Cuaderno, se puede esbozar personalmente o en grupo una especie de "Epílogo", situándose principalmente en el terreno de las "oportunidades educativas".

© *Cristianisme i Justícia* - Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - www.fespinal.com